



Jornadas de profesores de Liturgia 2009

Los tres Evangelios sinópticos narran la escena (Mt 8, 14-17; Mc 1,29-34), que hoy hemos escuchado en la versión de Lucas (4, 38-44). La pretensión común de los tres relatos es mostrar la grandeza de Jesús, que se acredita como Mesías, dotado del poder de Dios, mediante la curación de los enfermos y, especialmente, con la curación de los endemoniados.

La enfermedad era considerada signo del poder de Satán sobre los hombres (cf. Lc 13,11); pero este poder tenía su máxima manifestación en los poseídos, que están bajo la tiranía del demonio, según explica Jesús en el Evangelio de Juan: “*Es ahora cuando el que tiraniza a este mundo va a ser arrojado fuera*”. (Jn 12, 31).

Por ello, la curación de enfermos y, sobre todo, la expulsión de los demonios eran el testimonio de la instauración del reino de Dios, según la declaración de Jesús en el Evangelio de Mateo: “*Si yo expulso los demonios con el poder del Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios*” (Mt 12, 8).

De la misma manera, el Evangelio de Marcos presenta la expulsión de los demonios como actividad de Jesús que acompaña a su misión de anunciar el reino de Dios: “*Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para predicar también allí, pues para esto he venido. Y se fue a predicar en sus sinagogas por toda Galilea, expulsando los demonios*” (Mc 1, 37-39)

Mateo interpreta las curaciones como cumplimiento de una profecía: “*Así se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías: Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades*” Con esta referencia presenta a Jesús como el Siervo de Dios, que carga con las flaquezas y enfermedades de su pueblo, quitándolas de otros, “*porque él salvará a su pueblo de los pecados*” (Mt 1,21).

Marcos escribe que Jesús prohibía hablar a los demonios expulsados, “*pues sabían quién era*”(Mc 1,34). Y en dos lugares refiere la confesión de los demonios sobre la condición mesiánica de Jesús.

Al escuchar la predicación en la sinagoga de Cafarnaún un hombre con espíritu inmundo se puso a gritar: “*¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? ¡Sé quien eres: el Santo de Dios! Jesús lo increpó diciendo: ¡Cállate y sal de ese hombre!*” (Mc 1,23-25).

El endemoniado de Gerasa se postró ante Jesús “*gritando con todas sus fuerzas: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Altísimo. Te conjuro por Dios que no me*



atormentes. Es que Jesús le estaba diciendo: Espíritu inmundo, sal de este hombre” (Mc 5, 6-8).

De la misma manera se ha expresado Lucas en el texto hoy leído: *“Salían también de muchos los demonios gritando: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él los increpaba y no los dejaba hablar, porque sabían que él era el Mesías”* (Lc 4, 41).

El título “el Hijo de Dios” parece en este texto de Lucas una expresión sinónima de “Mesías”. También los títulos “*el Santo de Dios*” e “*Hijo del Altísimo*”, dados por el demonio a Jesús en los textos de Marcos, pueden considerarse sinónimos de “Mesías” igual que en el comienzo del Evangelio de Marcos, “*buena noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios*” (Mc 1,1)

Lucas resalta la potestad de Jesús sobre el demonio describiendo que curaba “*poniendo las manos sobre cada uno de ellos*” (Lc 4, 40) y con la sola fuerza de su palabra, que causaba admiración: “*Qué palabra es ésta que con autoridad y poder impera a los espíritus y salen*” (Lc 4,36; cf. Mc 1,27). También Mateo destaca el poder de la palabra de Cristo en el relato de la curación del criado del centurión: “*di una sola palabra y mi criado quedará sano*”(Mt 8, 8). Así, la palabra de Jesús, que enseñaba y proclamaba la nueva ley con autoridad, (Mt 7, 29) es la misma que cura y expulsa a los demonios con el poder del espíritu de Dios (cf. Mt 12, 8).

Jesús prohíbe a los demonios manifestar su identidad mesiánica, porque la proclamación prematura de su mesianismo, interpretado en aquel momento de forma errónea como un mesianismo nacionalista, podría poner obstáculos a su obra de anuncio del Reino de Dios, provocar tumultos religioso-políticos y dar motivo a la intervención del ejército romano. La interpretación de la obra del Mesías, sin la luz que nace de su cruz y resurrección, podría tener el peligro de falsificar el sentido del Reino de Dios, anunciado por Jesús. Por ello, estábamos todavía en la hora del “secreto mesiánico”, por lo que se refiere a la repercusión social de la obra de Jesús.

Al día siguiente, mientras Jesús oraba en un lugar solitario, los beneficiarios de las curaciones buscaron a Jesús y querían retenerlo para que no se alejara de ellos (Lc 4, 42). Querían tener a Jesús para ellos solos, probablemente por la misma razón por la que quienes comieron el pan multiplicado pretendieron proclamarlo rey (cf. Jn 6, 15). Y Jesús podría haberles dicho a los curados lo que les dijo a los saciados: Os aseguro que no me buscáis por los signos que habéis visto, sino porque fuisteis curados de vuestras enfermedades. Esforzaos por conseguir no la salud del cuerpo, sino la salvación del alma para la vida eterna (cf. Jn 6, 26-27). “También en las demás ciudades debo anunciar la buena noticia de Dios, porque para esto he sido enviado” (Lc 4, 43).

Llama la atención la distinta forma de relación de los demonios y de los hombres con Jesús, el Mesías. Los demonios conocen quien era Jesús y lo confiesan, pero no aceptan su misión ni quieren tener nada que ver con él; sólo protestan, porque la misión de Jesús los atormenta y destruye su poder sobre los hombres. Nos hallamos ante un



conocimiento que no es fe, porque no lleva consigo amor y esperanza; es, por ello, un conocimiento que atormenta. ¿Puede ser esta situación de los demonios un descripción anticipada del estado humano de condenación?

En cambio, el conocimiento de la condición mesiánica de Jesús por parte de los hombres es revelación del Padre y causa de dicha: *“Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos”* (Mt 16, 17). Es verdadera fe, que lleva al seguimiento de Jesús y mantiene en la fidelidad a su palabra, también cuando la enseñanza de Jesús desconcierta: *“Jesús preguntó a los doce: ¿También vosotros queréis marcharos? Simón Pedro le respondió: Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios”* (Jn 6, 67-69).

Pero los hombres pueden tomar ante Jesús la actitud de los demonios. El texto inmediatamente leído continúa: *“¿No os elegí yo a los doce? Y, sin embargo, uno de vosotros es un diablo. Se refería a Judas, hijo de Simón Iscariote. Porque Judas, precisamente uno de los doce, lo iba a entregar”* (Jn 6, 70-71).

También muchos de los maestros de la ley, al contemplar la expulsión de los demonios por Jesús, acusaron a Jesús de estar endemoniado y de echar a los demonios con el poder del príncipe de los demonios. La respuesta de Jesús equipara esta actitud con la del diablo, pues la referida acusación contra él no tendrá perdón jamás: *“Os aseguro que todo se les podrá perdonar a los hombres, los pecados y cualquier blasfemia que digan, pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás; será reo de pecado eterno. Decía esto porque lo acusaban de estar poseído por un espíritu inmundo”* (Mc 3, 28-30).

En contraste con esta actitud blasfema, que podemos calificar como diabólica, nos ha presentado el texto de la carta a los Colosenses un modelo de vida cristiana fundada en la fe, el amor y la esperanza.

La fe de los cristianos de Colosas en Cristo Jesús y el amor a todos los creyentes son motivo de gozosa acción de gracias a Dios Padre. A esta forma de vida cristiana les mueve la esperanza del premio que Dios les ha reservado en el cielo y que han conocido por medio del evangelio, palabra de verdad, que ha llegado hasta ellos y que fructifica y crece en ellos, como en el mundo entero, desde el día que conocieron y experimentaron la gracia de Dios en toda su verdad. Así los cristianos de Colosas se aman en el Espíritu y viven en la libertad del Espíritu por la fe en Cristo.

De esta manera somos nosotros invitados a vivir la fe en el amor, alentados por la esperanza de la gloria, pues con el poder del Espíritu de Dios Jesús ha sanado nuestras enfermedades, ha quitado de nosotros los pecados y nos ha trasladado a su Reino.



Carlos López Hernández

En esta celebración Cristo está presente como médico corporal y espiritual para evangelizar a los pobres y curar a los contritos de corazón. Por ello, esta eucaristía actualiza la obra de nuestra redención: nos edifica como templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu hasta que lleguemos a la plenitud de Cristo; y robustece nuestras fuerzas para anunciar a Cristo y presentar a la Iglesia como signo de salvación entre las naciones, para que en ella se congreguen los hijos de Dios dispersos y gocen de los bienes de su Reino (cf. SC 2 y 5).

Salamanca, 2 de septiembre de 2009